



**EL PEQUEÑO PESTE:
HISTORIA PESTILENTE DE UN GATO APESTOSO**

PERSONAJES

PESTE, minino.

QUECA, menina.

La obra tiene lugar en cualquier callejón, en cualquier fantasía.

ACTO ÚNICO

El oscuro. El tarareo de la niña –“estaba el señor Don Gato”-. Los maullidos. La luz progresiva en torno al callejón. El callejón. La farola, las bolsas de plástico y el cubo de la basura. Las zarpas que asoman. El cubo que se mueve. El felino que aparece. El sobresalto. PESTE.

VOZ.-Éste es Peste. Quizá no se llame así. Él mismo no conoce su nombre verdadero. Nadie sabe si una vez se llamó Nico, Mini, Simba o Garfield. Nadie lo sabe. Ni siquiera él. Pero éste es Peste. Y éste es su hogar. Lo es desde que una noche alguien abandonó a Peste junto a ese mismo cubo del que ahora ha salido, envuelto en papel de periódico o mondas de plátano. El callejón es su casa. La casa de Peste. De todas formas, Peste –que es éste-, algunas noches –como la de hoy-, recuerda otro hogar muy distinto. Un hogar próximo a su callejón. Su otra casa. Su primera casa.

(La ventana iluminada.)

PESTE.-¡Marramamiau!

VOZ.-...Shhhh...

PESTE.-*(Susurra.)* ...Miau, miau...

VOZ.-Esa luz llega desde una ventana. Esa ventana pertenece a una familia: la familia Poe. La familia Poe era la antigua familia de Peste –que sigue siendo éste-. Su otra familia. Su primera familia.

(Se escucha el murmullo del hogar, dulce hogar.)

PESTE.-¡Son ellos! Estoy seguro. Reconocería esas risas entre un millón. Entre un millón de risas. Son ellos. Los Poe. Mi familia. Reconocería a mi familia entre un millón. Entre un millón de familias. Aunque hace tanto que no los veo que no sé si los reconocería en persona. Aunque sí reconozco sus risas. Son tuyas. Las de ellos. Son las risas de los Poe. Las risas de mi familia.

(Adiós a la luz en la ventana. Adiós al murmullo.)

Eran ellos. Era mi familia. Mi primera familia. Desde hace algún tiempo mi familia se encuentra aquí, en el callejón. En este callejón. Mi callejón. Mi hogar. Mi nueva familia. Mi... au. *(Mira en derredor.)* Esta noche no ha venido nadie. *(Mira hacia arriba.)* Ni siquiera la Luna ha venido. Al menos yo no la distingo entre los pliegues de un cielo tan oscuro. Si la Luna aparece me iré a dar un garbeo por el cementerio. La Luna –esa luna que hoy no encuentro- es una de mis mejores amigas. Es parte de mi nueva familia. La familia de mi callejón. Si la Luna aparece y logra iluminarme con su sonrisa me iré a pasear. A la luz de la Luna. Que es mi amiga. Mi amiga –la Luna- me ayuda a recorrer los caminos de la noche –de noches como ésta-. Mi amiga –la Luna- baña de luz las tinieblas que ocultan a los gatos callejeros. En una ciudad moderna la gente dispone de farolas, letreros luminosos o semáforos que alegran su mirada. En una ciudad moderna apenas queda sitio para la negrura. Para la luz de mi amiga. Y ésta es la luz que prefiero. Mi amiga –la Luna- inunda de claridad mis pasos. Todas las noches me guía hasta el cementerio. Adoro los cementerios. Adoro perderme a través de sus cruces y panteones. Son lugares tan tranquilos. Sobre todo en noches de luna. Allí no se acercan los perros. Allí no me persiguen los niños al volver del colegio. Allí únicamente hay espacio para la Luna –mi amiga- y para mí. Adoro pasear por el cementerio. No obstante hoy es imposible. Sin mi amiga –la Luna- no puedo ir a ninguna parte. Es cierto que los gatos disponemos de una mirada fabulosa que nos hace distinguir el mundo. Pero hasta los felinos precisamos un guía, una ayuda... *(clavando su mirada en las estrellas)* una amiga. Y ahora no la distingo. Esta noche no ha venido. Así que permaneceré en el callejón –en mi hogar-. Tal vez ella vuelva. Tal vez

vuelvan a iluminarse las ventanas de la familia Poe –mi primera familia-. Tal vez alguien se acerque. Y deje de estar solo.

(El “Duetto di due gatti” de Rossini. PESTE ejecuta una extraña danza felina –rebusca entre los desperdicios, se agarra a la farola, se inquieta-. De nuevo iluminan la ventana.)

VOZ.-¡Malditos gatos!

(PESTE, paralizado tras el cubo, en guardia.)

PESTE.-(*Murmura.*) ...Miau...

(Se escucha la cisterna del hogar, dulce hogar. PESTE ríe.)

VOZ.-¡Malditos! ¡Malditos gatos!

(El gato se tapa la boca. Después de unos segundos, vuelve a apagarse la luz de la ventana.)

PESTE.-Era él. Era el señor Poe. Mi primer dueño. (*Entristecido.*) Mi único dueño. (*Pausa.*) Reconocería su voz entre un millón. Entre un millón de voces. Y creo que el señor Poe reconocería mi maullido entre otro millón. Entre otro millón de maullidos. “Miau... lidos”.

(Ríe. Un estruendo lejano. Inmovilidad.)

(Prosigue.) El señor Poe me adquirió en la tienda de animales. Aquél no era mi primer hogar. No era un hogar. Quería marcharme. No soportaba los recipientes donde nos alojaban. Donde nos alojaban a los animales. No estaba cómodo. Por eso, cuando el señor Poe acudió a la tienda y se fijó en mí –rrr- me hizo el gato más feliz del universo. Del universo de la tienda de animales. Los periquitos me observaban con envidia. Los peces trataban de llamar la atención del señor Poe, para que se los llevase a casa también, y chapoteaban en el agua del acuario principal. Pero el señor Poe me había escogido. A mí. Era un felino dichoso. *(Busca en el cielo.)* ...Sigue sin aparecer. Mi amiga Luna. Se habrá ido sola a caminar por el cementerio. O por el vertedero que hay a las afueras de la ciudad. En una ciudad moderna la gente ya no pasea por lugares tan exóticos como el cementerio o el vertedero. En una ciudad moderna la gente ya no pasea.

(Se encoge de hombros. La melodía anterior. La frenética –y gatuna- actividad anterior.)

VOZ.-¡Que alguien haga callar a esos gatos!

(Quietud. Mutismo. Alerta.)

¡Malditos gatos! ¡Malditos!

(Ídem.)

PESTE.-Sigue siendo el señor Poe. Lo reconocería entre un millón. Entre un millón de señores. Fue él quien me rescató de la tienda –la tienda de animales- y me trajo aquí. A mí. Aquí. Aquella era la ventana de mi cuarto. Del cuarto de mi primer dueño: el señor Poe. Él y la señora Poe me recibieron con los brazos abiertos. Alegré su existencia. Y se convirtieron en mi familia. La primera. Marramamiau. Miau. Miau. Los señores Poe

iban a ampliar la familia –la mía- con la llegada de un bebé. Ese futuro bebé sería mi segundo dueño. El señor Poe me compró en la tienda para que cuidase de su futuro hijo. La señora Poe –según pude saber más tarde- hubiera preferido un perro –un perro, puaj-; sin embargo mis bigotes eléctricos, mis pícaros guiños y mis garras limadas lograron convencerla. Yo sería el gato del pequeño Poe. Cuando naciese. Y nacería pronto. Los Poe no se molestaron en bautizarme. No necesitaba nombre alguno hasta que naciera el pequeño. El pequeño Poe. Él se encargaría de elegir para mí el más hermoso de los nombres.

(Un estruendo lejano. Inmovilidad.)

(Prosigue.) El pequeño Poe... nació. La casa –mi casa- era un hervidero. La felicidad campaba a sus anchas. Toda la familia –que era la mía- se apresuró a celebrarlo: tíos, primos, abuelos... yo. Cuando la señora Poe regresó del hospital con el bebé en brazos me puse a maullar como un loco. Miau. Miau. Miauuu.

VOZ.-¡Malditos gatos!

(PESTE se agazapa.)

PESTE.-Y maullé. Y maullé. Conseguí atraer la atención del niño. Del pequeño Poe. De mi nuevo amo. “¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo!”, repetía maullando. Como un gato loco. Al fin y al cabo me habían encomendado la tarea de cuidar de ese nene, de transformarme en su inseparable compañero de juegos. El señor Poe me cogió con sumo cuidado y me aproximó al bebé. Le sonreí. El pequeño Poe me devolvió la sonrisa. Y entonces... estornudó. Comenzó a estornudar. Como un loco. Cuanto más estornudaba, más me alejaban de él. “¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo!”, insistía yo. Fue inútil. El señor Poe –mi primer amo-, que hasta entonces había sido tan amable conmigo, me arrinconó en una esquina de la casa. “¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo!” Por fin, después de varios días –durante los cuales no pude

encontrarme cara a cara con el pequeño Poe-, me trajeron a este lugar. Mientras me traían no dejaba de escuchar una palabra: alergia. “¿Será ése mi nombre?”, me preguntaba con curiosidad gatuna. “¿Me llamo ‘alergia`?” No; no me llamo “alergia”. He descubierto que mi verdadero nombre es...

(Ruido muy próximo.)

¿Miau?

(Silencio.)

¿Hay alguien?

(Silencio.)

(Mira hacia arriba.) ¿Eres tú?

(Ruido.)

¿Quién es?

(Silencio.)

(Quedamente.) ¿Serán las ratas de nuevo? Nunca he atrapado ninguna pero... volvería a intentarlo. Las ratas de mi callejón son tan grandes...

(Ruido.)

¡Miau!

(Ruido.)

¡Marramamiau!

(Ruido, ruido.)

¡Muéstrate! ¡Seas quien seas!

(La música inquietante -¿una versión del archiconocido “Also sprach Zarathustra”, de Richard Strauss?-. La bolsa de basura que oscila. Las manos que brotan de ella. Tras las manos, los brazos; tras los brazos, la cabeza; tras la cabeza... QUECA.)

QUECA.-¡Puffff! ¡Qué asco!

(PESTE retrocede.)

¡Menuda porquería! *(Repara en el gato.)* Eh, minino: ayúdame a salir.
¡Minino!

PESTE.-*(Para sí mismo.)* ...Una niña...

QUECA.-¿Es que no me oyes?

PESTE.-¿Qué hace una niña en la basura?

QUECA.-¿Vas a ayudarme o no? ¡Minino!

PESTE.-No me llamo “Minino”.

QUECA.-¿Importa eso ahora? ¡Ayúdame!

(PESTE corre presuroso al encuentro de la recién llegada.)

Menos mal. Bien. Tira. Ya.

(Consiguen el objetivo liberador.)

Gracias, minino...

PESTE.-No me llamo...

QUECA.-*(Interrumpiendo.)* ¿Dónde estoy?

PESTE.-En mi casa.

QUECA.-¿Tu casa? A cualquier lugar lo llaman “casa”. Esto es un vertedero.

PESTE.-No, no: el vertedero está a unas manzanas. Justo al final del cementerio.

QUECA.-¿Cómo lo sabes?

PESTE.-Porque me gusta pasear.

QUECA.-¿Paseas por el vertedero?

PESTE.-(*Asiente.*) Y por el cementerio.

QUECA.-...Eres un poco rarito, ¿hum?

PESTE.-Soy un gato.

QUECA.-Ya: un minino.

PESTE.-Y dale.

QUECA.-De modo que ésta es tu casa.

PESTE.-Mi callejón. Mi segundo hogar.

QUECA.-Parece un tanto...

PESTE.-Un tanto... ¿qué?

QUECA.-...Solitario.

PESTE.-Oh, no; en absoluto: deambulan muchas ratas por la zona.

QUECA.-¿Ratas?

PESTE.-Nunca he atrapado ninguna pero... volveré a intentarlo. ¿No te gustan las ratas?

QUECA.-A quién le gustan.

PESTE.-A mí. Deben gustarme. Soy un...

QUECA.-Un gato. Lo sé.

PESTE.-Pero no un minino: un gato. Un señor gato. El que atrapará algún día una rata y la saboreará como se merece.

QUECA.-Calla, calla...

PESTE.-Ay, perdona.

QUECA.-Me acostumbraré a que un gato me hable de sus presas. Es lógico. Debes de estar hambriento en un callejón tan solitario.

PESTE.-Te repito que no es solitario.

QUECA.-Las ratas no cuentan.

PESTE.-No sólo hay ratas: también está... ella.

(Alza la vista, raudo y veloz. QUECA trata de imitar el gesto.)

QUECA.-¿Ella?

PESTE.-Ella.

QUECA.-¿La... farola?

PESTE.-Nooo: la Luna.

QUECA.-¿La Luna? *(Fuerza sus ojos.)* No la veo.

PESTE.-Hoy no ha venido. Pero siempre que viene me acompaña en mis excursiones nocturnas.

QUECA.-¿Al vertedero?

PESTE.-Y al cementerio.

QUECA.-Ah, sí; lo olvidaba.

PESTE.-Ella es mi amiga desde que me mudé al callejón. Mi gran amiga: la Luna.

QUECA.-¿Por qué no habrá venido hoy?

PESTE.-Tal vez sea muy tarde para ella. Necesita descansar. Como se pasa la mayoría de las noches en blanco.

QUECA.-Al igual que tú.

PESTE.-Al igual que todos aquí. La familia del callejón no duerme.

QUECA.-Al igual que yo.

PESTE.-¿Tú tampoco duermes?

QUECA.-Creo que no. Sobre todo desde que aparecí en este lugar tan espant... (*se corrige*) ...tan curioso.

PESTE.-Mi hogar.

QUECA.-Curioso; muy curioso.

PESTE.-¿De dónde vienes?

QUECA.-De una verdadera casa. La mía.

PESTE.-Al igual que yo.

QUECA.-¿Vivías en una casa?

PESTE.-Obviamente, miau... gusta amiga. ¿Por quién me tomas?

QUECA.-Por un minino.

PESTE.-No me llames minino.

QUECA.-A todos los gatos del mundo se les llama “mininos”.

PESTE.-Y no nos complace.

QUECA.-Pensaba que os parecía un apodo cortés.

PESTE.-Pues no: a cada gato por su nombre y cada oveja con su pareja.

QUECA.-¿De qué manera te llamo? ¿“Micifuz”?

PESTE.-Ni hablar.

QUECA.-¿“Misi-misi”?

PESTE.-(*Indignado.*) ¡Por el amor del mero!

QUECA.-¿“Dulce”?

PESTE.-(*Ironía.*) Sí; y salado.

QUECA.-¿“Manchitas”?

PESTE.-¿Me ves alguna? (*Se mira. Se acicala.*) ...Alguna hay, cierto. Gajes del oficio urbano.

QUECA.-¿Cómo quieres que te llame?

PESTE.-Emplea mi nombre.

QUECA.-¿Cuál es?

PESTE.-“Peste”.

QUECA.-¿Disculpa?

PESTE.-Me llamo Peste.

QUECA.-¿Peste?

PESTE.-Eso he dicho.

QUECA.-Peste... ¿Como la peste negra?

PESTE.-Pes-te.

QUECA.-¿Como la peste bubónica?

PESTE.-Peste. A secas. Sin apellidos.

(QUECA se carcajea; PESTE se ofende.)

QUECA.-Menudo nombre.

PESTE.-Así me llaman. Y si no es de tu agrado... ahí tienes la puerta.

QUECA.-¿Dónde?

PESTE.-Es una forma de hablar, mujer.

QUECA.-¿Quién decidió que te llamasen... “Peste”?

PESTE.-Uh... No sé. Ellos. Ellas. Las personas, en general.

QUECA.-Extraño.

PESTE.-Mucho. A mí no deja de sorprenderme.

QUECA.-Cuenta, cuenta...

PESTE.-En mi casa –mi primer hogar- no disfrutaba de un nombre: no llegaron a ponérmelo; pero desde que vagabundeo por las calles, por mi callejón... los humanos me bautizan día sí, día también.

QUECA.-Extraño.

PESTE.-Mucho. No deja de sorprenderme.

QUECA.-Y te llaman... “Peste”.

PESTE.-Día sí, día también –por las noches descansan-. Ante mi presencia, no dejan de decir: “Quita, Peste; fuera, Peste; qué Peste, aparta”. Por tanto deduzco que me llamo Peste.

QUECA.-Está claro.

PESTE.-Marramaclaro.

QUECA.-Valiente desgracia.

PESTE.-No te creas: me siento único con un nombre tan singular. Y saco pecho cuando la gente se va, abandonando el callejón a su legítimo dueño: el gato Peste.

QUECA.-El rey de la casa.

PESTE.-De *mi* casa. Mi callejón. Sí: el rey del callejón.

(Una variante del “Duetto di due Gatti”. Pequeña coreografía: PESTE ejerce funciones en “su” reino; QUECA lo secunda, divertida.)

VOZ.-¡Malditos gatos!

(La escena se detiene.)

¡O acabamos con ellos o habrá que mudarse! ¡No los soporto! ¡Malditos!
¡Malditos gatos!

(Unos segundos tensos.)

PESTE.-(*Susurra, para sí.*) “Miau... lditos” gatos...

QUECA.-(*En voz baja.*) Hemos despertado a los vecinos.

PESTE.-(*Asintiendo.*) Los vecinos sí que duermen. (*Mira al cielo.*) Y quizá la Luna.

QUECA.-(*Haciendo lo propio.*) El sueño habrá podido con ella.

PESTE.-Quizá.

QUECA.-¿Se ha ido?

PESTE.-¿Miau?

QUECA.-El vecino. ¿Se ha ido ya?

PESTE.-No hay luz en su ventana.

QUECA.-Peste.

PESTE.-¿Miau?

QUECA.-Nada. Empieza a gustarme tu nombre. Eso es todo.

PESTE.-Muy amable.

QUECA.-Y me gustaría saber cuál es la causa de que te llamen “Peste”.

PESTE.-Mi mal olor, supongo.

QUECA.-(*Huele.*) No me parece que hueles tan mal.

PESTE.-¿No? Husmea, husmea...

QUECA.-(*Lo hace.*) A decir verdad... no hueles a nada.

PESTE.-Anda, no disimules. Atufo. Pero... ¿es que no lo notas?

(Ella niega con la cabeza.)

...Vaya misterio.

QUECA.-Un enigma. *(Sorbe aire.)* Por más que lo intento... no consigo olerte.

PESTE.-Ésta es la primera ocasión –desde que abandoné mi primer domicilio- en la que una niña no huye espantada ante el mal olor. Ante la *peste* que produzco. Recordaré este día como el día en el que Peste –el gato apestoso- se encontró con alguien dispuesto a taparse la nariz para permanecer a su lado.

QUECA.-A mí no me hace falta taparme la nariz. *(Huele.)* Es que... simplemente... ¡no hueles!

PESTE.-Bobadas. Llegué a pensar que sí tenía un apellido: “mofeta”. “¡Fuera, mofeta!”, me decía el pescadero. Hasta que descubrí que las mofetas eran otros animales –otros animales a los que [mira tú], nunca vi en la tienda.

QUECA.-No conozco a ninguna mofeta.

PESTE.-Son peores que yo. Eso dice la leyenda, al menos. Lo dicho: recordaré este día como el día en el que Peste –el gato apestoso- se cruzó con... con... ¿Cómo te llamas?

QUECA.-Queca.

PESTE.-¿Queca?

QUECA.-Queca.

(PESTE *se carcajea*. QUECA *se ofende*.)

PESTE.-Es ridículo.

QUECA.-Mira quién habla.

PESTE.-Eh, eh: no digamos nada de lo que nos podamos arrepentir.

QUECA.-Me enorgullece mi nombre.

PESTE.-...Queca...

QUECA.-Queca, sí. Cu de “queso”, u de “uva”, e de “espárragos”, ce de “cordero” y a de “aceitunas”. Queca.

PESTE.-Hija, estás famélica. Famélica Queca.

QUECA.-Imposible. Jamás tengo hambre.

PESTE.-Pues yo me comería cualquier cosa.

QUECA.-¿De veras?

PESTE.-(*Asiente*.) Incluida esa horripilante comida de gatos que venden en las tiendas de animales.

QUECA.-Sí que estás hambriento, sí...

PESTE.-(*Duda*.) A decir verdad... no tengo hambre.

QUECA.-¿En qué quedamos?

PESTE.-No pruebo bocado desde... (*Se frena. ¿Ha caído en la cuenta de algo? Observa las marcas en su cuerpo –tal vez no hayamos reparado en la presencia de dichas marcas.*)

QUECA.-¿Problemas?

PESTE.-(*Pensativo.*) ...Miau.

QUECA.-Si te sirve de consuelo, mi problema es gordo: no encuentro la forma de llegar a casa.

(El felino no presta atención –a lo suyo.)

¿Peste?

(Nada.)

...Peste...

(Nada. QUECA suspira.)

En fin...

(Melodías dignas de una caja de música. QUECA inicia la búsqueda de la ruta, la salida: de cubo en cubo, de esquina en esquina... PESTE reacciona y abandona el letargo.)

PESTE.-¡Ya sé! (*Con la actitud de quien ha descubierto el sentido de su existencia.*) ¡Queca! ¡Quecaaaa!

VOZ.-¡Malditos gatos!

(Inmovilidad de ambos personajes.)

PESTE.-*(Hálito de voz.)* ...Queca...

QUECA.-No hay ningún camino.

PESTE.-¿Un camino? ¿Hacia dónde?

QUECA.-¿Hacia mi hogar! No hay ningún camino. Sólo las paredes de este callejón.

PESTE.-Un poco de respeto: es *mi* callejón. Mi segunda morada. Pero a lo que vamos...

QUECA.-¿Adónde vamos?

PESTE.-¿Déjame terminar, Queca! Es importante; mira: no he probado bocado desde lo del coche.

QUECA.-¿Qué coche?

PESTE.-El coche que me dibujo... *(muestra las marcas de unos neumáticos en su lomo)* ...estas cicatrices.

QUECA.-Ay, pobrecito. ¿Duele?

PESTE.-*(Trata de sentir –lo que sea.)* ...No. ¿No es sorprendente, miau... gusta amiga Queca?

QUECA.-Debe de dolerte mucho.

PESTE.-Si me doliese... ¿haría...?

(Redoble de batería. PESTE ejecuta cabriolas.)

¿...esto?

(Alborozo de QUECA.)

Si me doliese... ¿haría...?

(Redoble de batería. PESTE ejecuta cabriolas.)

¿...esto?

(Alborozo de QUECA.)

Si me doliese... ¿haría...?

(Redoble de batería –que la pequeña detendrá con su siguiente frase.)

QUECA.-¡Vale! No te duele.

PESTE.-Ni una gota. Ni una raspa de sardina.

QUECA.-¿Te dolió aquel día?

PESTE.-¿Cuándo?

QUECA.-Cuando aquel coche te hizo daño aquel día.

PESTE.-*(Piensa un instante.)* No lo recuerdo.

QUECA.-Haz memoria.

PESTE.-(*Piensa y piensa.*) Soy incapaz.

QUECA.-¡Gato desmemoriado!

PESTE.-Un segundo, niñata: apestoso... (*olisquea*) puede que sí; desmemoriado... ¡ni hablar! ¡Ni maullar! Desde que era cachorro disfruto de una memoria incomparable. Recuerdo aquel día, recuerdo aquel coche... pero no recuerdo haber sentido dolor. Y tampoco he sentido hambre desde aquel día. Desde aquel coche. Lo cierto es que no he sentido. Cero.

QUECA.-(*Va comprendiendo.*) ...Ay...

PESTE.-(*Lo mismo.*) Queca...

QUECA.-Peste...

PESTE.-¿Piensas que estoy...?

QUECA.-Pienso que estás...

AMBOS.-¿¡...muerto?!

(Se miran. Gritan. Corretean –bailotean- al compás de una música repentina.)

AMBOS.-AAAAAAAAAhhhhhhh.

(Extenuación.)

PESTE.-Queca...

QUECA.-Peste...

PESTE.-Estoy...

QUECA.-¿Estás...?

PESTE.-...mu...

QUECA.-...miau...

AMBOS.-“Miau... erto”.

(Melodía tenebrosa. Estupefacción dual.)

PESTE.-Ahora me explico lo de la ausencia de hambre.

QUECA.-Ahora me explico lo de tu afición a los cementerios.

PESTE.-Ahora me explico lo de la ausencia de dolor.

QUECA.-*(Tapándose la nariz con los dedos.)* Ahora me explico lo de tu “perfume”.

PESTE.-Que yo no he conseguido olisquear.

QUECA.-¿Disculpa...?

PESTE.-Fingía, Queca; en realidad no distingo los olores. Si he muerto... he muerto para todos los sentidos.

QUECA.-Excepto para la vista, el tacto, el oído y el gusto.

PESTE.-Nada me gusta porque no como nada.

QUECA.-Pero ves, tocas, oyes...

PESTE.-La muerte es caprichosa, nena. Y yo... ¡un espectro!

QUECA.-Ay, Peste...

PESTE.-¡Un espectro, Queca! ¡Un gato en el chasis! ¡No me mires!

QUECA.-No te veo tan mal, hombre... (*se corrige*) estooooooooooooo: felino.

PESTE.-Un zombi con bigotes. ¡Eso es lo que soy! Lo que no alcanzo a comprender es cómo eres capaz de resistir mi pestilencia.

QUECA.-Qué peste con la pestilencia, Peste: no hueles. No te huelo.

PESTE.-¿También se atrofian tus sentidos? Pobrecita, mi niña.

QUECA.-Ahí le has dado: no soy una niña.

PESTE.-¿Eres un niño?

(QUECA *niega con la cabeza.*)

¿Un señora... diminuta?

(QUECA *niega con la cabeza.*)

¿Un gato con faldas?

QUECA.-Noooo: soy... una muñeca.

PESTE.-¿Una muñeca?

QUECA.-Nuevecita.

PESTE.-(*Chasquea la lengua.*) No me trago una sola palabra: las muñecas no pueden hablar.

QUECA.-(*Sardónica.*) ...Y me lo dice un gato.

PESTE.-Además: ¿qué iba a hacer una muñeca como tú en un callejón como éste?

QUECA.-Me tiraron a la basura.

PESTE.-¿Quiénes?

QUECA.-(*Puchero.*) Mi familia.

PESTE.-Una verdadera familia no osaría abandonarte en un callejón –en mi callejón.

QUECA.-¿Quién te trajo aquí?

PESTE.-Mi primera fam... (*No concluye la frase, atónito.*)

QUECA.-¿Y bien...? (*Sentencia.*) Somos inservibles, Peste.

PESTE.-Yo iba a cuidar del pequeño. Del bebé.

QUECA.-A mí me iban a poner al servicio de la pequeña. Pero... mi familia tuvo un bebé. Un niño.

PESTE.-La mía tuvo un bebé alérgico a los gatos.

QUECA.-Y como la pequeña resultó ser un pequeño –el pequeño Edgar-... me descartaron. Imagínate: los Poe no iban a tolerar que su bebé jugase con muñecas.

PESTE.-(*Estremecido.*) ¿Los... Poe?

QUECA.-La familia Poe.

PESTE.-¡Los Poe!

QUECA.-Eh... sí.

PESTE.-¡Ellos eran mis dueños!

QUECA.-¿Eeeeh?

PESTE.-Viven ahí (*señalando*), justo en aquella ventana.

QUECA.-Insinúas que...

PESTE.-Tú y yo somos familia, Queca.

(*Abrazos.*)

QUECA.-¡El gato Peste y Queca...!

PESTE.-¡...la muñeca!

(*Euforia.*)

QUECA.-En ocasiones veo... ¡mininos muertos!

(*Ja, ja, ja.*)

VOZ.-¡Se acabó! ¡Mataré a ese gato!

(*Ventana iluminada.*)

PESTE.-(*Ríe.*) ...Matarme, dice.

QUECA.-¡Es el señor Poe!

PESTE.-Ajajá. El hogar que buscas está ahí, justo en aquella ventana iluminada.

QUECA.-¿Crees que nos dejarán volver?

PESTE.-¿Quieres... volver?

(Impasse. Comienzan a caminar.)

Conozco un albergue donde recogen muñecas usadas.

QUECA.-¿Admitirían en él a un gato muerto?

PESTE.-Siempre que me mantenga... *(huele)* ...a distancia.

(Felicidad envuelta en música –¿“Moonlight serenade”?- La luz de la Luna.)

¡Mira! ¡Ha regresado!

QUECA.-¡Hola, Luna!

PESTE.-*(Galante, ofreciendo su... pata.)* Muñeca...

(Ella acepta.)

¿Un paseo por el cementerio, *miau... demoiselle...?*

QUECA.-Cómo no, lindo gatito...

(Van hacia la salida.)

¡Por fin en casa!

PESTE.-¡Miau!

(Ascenso de la melodía.)

TELÓN